

“libre elección” tiene un sitio de honor en la historia médica de los treinta últimos años. Y resulta muy natural que el hombre, afectado por desórdenes orgánicos, tenga la posibilidad de elegir la persona con quien le será forzoso confesarse, y ante quien de buena o de mala gana, tendrá que mostrarse más o menos desnudo, débil, desgraciado, miserable y hasta ridículo.

La elección del médico no pertenece únicamente a los enfermos ricos que viven en las grandes ciudades y que gozan de absoluta libertad para satisfacer sus caprichos.

Pacientes humildes de aldea prefieren a menudo, a costa de pequeños sacrificios, hacer venir el médico del pueblo vecino y que es para ellos su verdadero confidente, su amigo, su elegido.

Los pobres que frecuentan el hospital llegan a menudo, gracias a ciertos cálculos, a hacerse admitir en el servicio de su elección para que allí los trate el hombre de ciencia a quien admiran y de quien persiguen los cuidados.

Esta predilección, así como todas las inclinaciones electivas, supone además caprichos, celos, pequeñas y grandes infidelidades, traiciones, crisis de ternura y accesos de odio. Al través de las molestias, de las decepciones, de los peligros y de las alegrías de esta profesión difícil y magnífica, el verdadero médico camina con prudencia y con paciencia. Se esfuerza siempre en contestar correctamente a las mil preguntas que cada día le formulan su propia consciencia y los des-